

Daba este género á los poetas campo adecuado para cantar sus amores y galanterías con moderación y decoro, suavizando las tintas de su pintura con trasladar á las amenas praderías los variados efectos de aquellas personas, que no menos se ostentan en los altos y ricos palacios de los cortesanos que en las pajizas techumbres de los rústicos y sencillos pastores. Disfrazados pues en hábito pastoril, todos contaron la historia de sus propios sucesos ó los de sus señores y mecenas (1). En comprobación de esta costumbre decia el doctor Cristóbal Suarez de Figueroa en 1617 (2): «Algunos, hallándose en honestas y licitas conversaciones, han manifestado su pasión con el medio de alguna novela, mudando los nombres y dándose á entender del todo con cifras, con alusiones y cosas así.» Por esta transmutación de nombres, en el *Pastor de Filida* el muy ilustre don Enrique de

da en el valle y libertarle de las manos de sus rivales; pero no consiguen que olvide á su amada. Los celos vienen á turbar la dicha de esta pasión. Anfriso, vuelto á sus patrios lares, creyendo que su pastora favorece á otro, enamora, por darla en cara, á la bella Anarda, y ella en desquite se casa con un rústico pastor á quien odiaba y que desde antiguo la pretendía. Averiguado el falso fundamento de sus celos cuando ya no tiene remedio, Anfriso está para perder el juicio, y deseando curar de una pasión que le mata, le aconsejan acudir á la cueva de la sabia Polinnestra, quien le dice que para curar de amor no hay mejor medicina que la ocupación continua en hechos heroicos; y en efecto, inflamando su pecho en deseos de gloria, lo envía curado. Esta es la moralidad de la obra que el autor en sus primeras páginas expresa de este modo, hablando con los pastores del Tajo: «Presto conoceréis con qué fuerza la hermosa, cándida y resplandeciente virtud aparta los ánimos generosos del camino deleitoso de aquella antigua letra de Pitágoras, y cómo despues de tantos locos pensamientos, su ejercicio solo y el de las artes liberales fueron poderoso remedio para llevarle al templo del desengaño, en cuya peregrinación le muestran notables cosas.» A lo que puede inferirse por algunas alusiones que se comprenden, asunto de la fábula son unos amores desgraciados del duque de Alba don Antonio, nieto del gran duque don Fernando; fué con el tiempo virey de Nápoles, y trae algunas noticias de su vida buena en sus *Hijos ilustres de Madrid*. Por el pastor Anfriso, nieto del gran Jupiter, está designado en *La Arcadia* este magnate. En el lib. iv se habla de la pastora Bresinda, su madre, que murió durante los amores, y por la analogía del nombre se ve que bajo este disfraz encubre el autor á doña Brianda de Beaumont, condesa de Lerin, madre de don Antonio. En el mismo lib. iv se indica que Anfriso es el heredero de la casa y que á la sazón tenía veinte y tres años; pues el dolorido pastor dice de esta manera á la sabia Polinnestra: «Oh madre! que te duelas de mi edad. Vuelve los ojos á mi flaca vida, y considera que nací altamente, y que á mí sucesión importa que no se cuente en *Arcadia* tan desastrada tragedia (la de su muerte). Hoy estoy cerca de morir, y hoy cumplo veinte y tres años, etc.» Estas señas solo corresponden, de los hijos de la casa de Alba cuando Lope escribió *La Arcadia*, al heredero de estos vastos estados. Este sin duda concibió alguna gran pasión, que fué contrariada por sus padres; hicieronle viajar, y pasó á Italia; mas la ausencia no hizo otra cosa que exacerbar su pasión. Vuelto á su casa, despues de varios sucesos en sus amores, que se tocan en el discurso de la narración, vió á su querida en brazos de otro dueño; y esta desgracia, en vez de amortiguar su fuego, estuvo á punto de sumergirle el alma en la desesperación. Lope, tratando de adular su pasión, escribió su historia; pero al mismo tiempo que presentó el curso y fases de su enfermedad, quiso ofrecer al joven magnate la única medicina á sus padecimientos, darle esperanzas de curación, y con este objeto compuso *La Arcadia*. Aprobó-

la para la impresión fray Pedro de Padilla, poeta conocido en el siglo, y que habiendo tomado el hábito del Carmen, residía en su convento de Madrid. La fecha de la aprobación es el 6 de agosto de 1598. Dice en ella que ninguna obra de su género ha visto tan cuidadosamente trabajada; de suerte que entre las que en su tiempo salieron á luz, le parece que no se alarga mucho dándole el lugar primero; porque la dulzura del lenguaje en lo que es prosa, y el primor, agudeza y facilidad en los versos es todo muy digno del ingenio de su autor. Exageración del aprobante; la prosa de *La Arcadia* es solo regular, y entre algunas bellezas tiene impertinencias y hasta puerilidades indignas de un trabajo serio. Los versos son mejores: en él incluyó Lope algunas composiciones de lo mas selecto que hizo; mas otras desmerecen.

Varios poetas encabezaron la obra con versos en su elogio, según costumbre del tiempo; entre ellos se halla un soneto del protagonista de la novela, que si lo escribió el preclaro sucesor de la casa de Alba, manifiesta que no era extraño á la bella literatura. Dice así:

ANFRISO Á LOPE DE VEGA.

Belardo, que á mi tierra hayais venido
A ser uno tambien de mis pastores,
Graude ventura fué de mis amores,
Pues no los cubrirá tiempo ni olvido.
Mis penas sé que habeis encarecido;
Pero corto quedais, que son mayores:
Bien es verdad que las hará menores
La causa por quien yo las he sufrido.
No compitan las voces desconfornes
Del sátiro con voz, ni sin aviso.
Juzgue Midas el canto dulce; solo
Tajo os escuche y mi famoso Tórmes.
A Apolo llaman el pastor de Anfriso;
Si soy Anfriso yo, vos sois mi Apolo.

Este soneto comprueba lo que antes hemos dicho, que Anfriso es el sucesor de la casa de Alba. El primer cuarteto alude á que Lope era entonces secretario del dueño de esta casa; la expresión de *mi famoso Tórmes* solo corresponde al mismo personaje.

No hemos visto la primera edición de *La Arcadia*, pero si leído una en 8.º, hecha en Madrid por Melchor Sanchez y á su costa, año de 1675, dedicada al señor don Andrés de Villarán, caballero del orden de Santiago, del Consejo de su majestad, etc. Vale poco, así en la belleza como en la corrección.

(1) En el argumento del primer libro, que en las ediciones antiguas acompaña á la *Diana*, de Montemayor, despues de referir los antecedentes del asunto, se dice: *Y de aquí comienza el primer libro, y en los demás se hallarán muy diversas historias de casos que verdaderamente han sucedido, aunque van disfrazados debajo de nombres y estilo pastoril.*

(2) *El Pasajero*: Alivio v, fol. 225, vuelto. — De *La Arcadia* de Lope, dice Montalvan en su *Fama póstuma*, que fué enigma misterioso de sugetos altos, desalumbrados en el rebozo de pastores humildes.

Mendoza y Aragon se convierte en el Pastor Mendimo, y su abuelo el duque del Infantado en el rabadán Mendiano. Tambien tomaban sus pellicos y cayados los amigos del poeta, y eran bautizados de nuevo. Los personajes que figuraban en la fábula, así como las alusiones hechas á sucesos verdaderos, no eran comprendidos en general sino por el autor que escribía y la dama á quien se enderezaba el escrito; y sin embargo, aquel lograba su objeto, sieste era conquistar la buena correspondencia de su amada halagando su vanidad; pues las pobres damas de aquellos tiempos, viéndose tan enfáticamente celebradas en letras de molde, daban por bien empleado renunciar á su clase y verse convertidas en humildes pastoras, juzgándose en profecía immortalizadas y objeto de la admiración de la posteridad. «¿Qué mayor riqueza para una mujer, decia Lope en su *Dorotea*, que verse eternizada? Porque la hermosura se acaba, y nadie que la mire sin ella cree que la tuvo; y los versos de la alabanza son eternos testigos que viven en su nombre. La Diana de Montemayor fué una dama de Valencia de Don Juan, junto á Leon; y Ezla, su rio, y ella serán eternos por su pluma. Así la Filida de Montalvo y la Galatea de Cervantes, la Camila de Garcilaso, la Violante de Camoens, la Silvia de Bernaldez, la Filis de Figueroa, la Leonor de Cortereal no eran damas imaginarias.» Mas ¿qué es de la inmortalidad que ellas se ofrecían cuando á los mismos contemporáneos habia que hacer tal advertencia? No era, sin embargo, una mera ilusión la que les daba tales esperanzas. La celebridad que el Petrarca dió á Laura, hizo que habiéndose hallado su entierro y sabiéndolo el rey de Francia, Francisco I, fuese á ver los huesos de mujer tan hermosa, mandando labrar para ellos un buen sepulcro (1). No de otro modo cuando los reyes don Felipe III y su mujer doña Margarita, volviendo de Leon á Valladolid en el año 1602, hicieron mansion en Valencia de Don Juan, supieron por el marqués de las Navas, su mayordomo, que le habian aposentado en casa de aquella famosa mujer que con el nombre de Diana habia celebrado tanto Jorge de Montemayor. Los reyes quisieron verla, y fueron á su casa con toda su corte: era mujer muy entendida, bien hablada, muy cortesana y la mas hacendada y rica de su pueblo; y aunque, al parecer, de unos sesenta años, todavia conservaba rastros de cuán hermosa habria sido en su juventud. Tenia por nombre Ana, y los reyes le preguntaron con interés y curiosidad la causa y sucesos de aquellos amores, á todo lo cual satisfizo ella con mucha gracia y términos politicos, mereciendo que la Reina la regalase muchas y preciosas dádivas al despedirse. ¿Por qué cada dama no habia de esperar que el escritor que celebraba sus gracias fuese un Petrarca ó un Montemayor?

Aunque el autor y la dama eran los que habian de encontrar mas agrado en estos libros, porque para ellos cada página encerraba una alusión, cada verso un recuerdo, hallábalo tambien el público, aun cuando todo para él fuese un enigma: cosa que apenas se concibe, pero que es verdad muy comprobada (2). La mayor parte carecen de interés y de verosimilitud; y son tanto mas pesa-

(1) Manuel de Faria y Sousa, en su comentario á las *Lusitadas*, impreso en Madrid, 1659, t. II, canto IV, columna 454, nota sobre la octava 402, dice á este propósito: contando los dos sucesos que se refieren en el texto: «Vana cosa sería pensar que Laura fué tan hermosa y tan pura como la pinta el Petrarca; además que si él no la cantara, aunque fuera tan pura y tan hermosa como eso, no se supiera della. Hallóse su entierro, y el rey Francisco I de Francia fué á ver aquellos huesos que sustentaron aquella hermosura, y mandó labrar para ellos un buen sepulcro. ¿Por ventura si Laura no hubiera sido celebrada del Petrarca, hiciera el hallazgo de sus huesos tal movimiento en un rey? Claro está que no. Viniendo de Leon, el año 1603, los santos reyes Felipe III y Margarita, y haciendo noche en la villa de Valderas, les dijo el marqués de las Navas, su mayordomo, como por nueva alegre y no esperada que le habia cabido en suerte ser hospedado con Diana de Jorge de Montemayor. Y preguntando ellos de qué manera, dijo que aquel lugar vivia la llamada Diana y que le habian aposentado en su casa. Gustaron los reyes de la nueva, por lo mucho que se habian celebrado los escritos de aquel nombre; y haciendo traer á palacio aquella decantada belleza, cuyo nombre propio era Ana, siendo ya entonces, al parecer, de algunos sesenta años, en que todavia se miraban rastros de lo que habia sido, la estuvieron inquiriendo de la causa de aquellos amores; y

despues de ella haber satisfecho á todo con buena gracia y términos politicos, la envió la Reina cargada de dádivas reales. Por ventura si el ingenio de Montemayor no hubiera celebrado aquella Ana con el nombre de Diana y aquellos amorosos pensamientos, ¿hiciera el marqués de las Navas caso de haber ido á parar á su casa, para decirlo á los reyes, ni ellos della para oírlo y honrarlo? Claro está que no. Veis ahí la perpetuidad, la fama y la gloria que pueden dar tales autores como aquellos y como este con sus escritos.» Se advertirá alguna variante entre la narración del texto y esta de Faria; porque hemos preferido seguir al padre Sepúlveda, *Historia de varios sucesos*, MS., t. II, cap. 12. Este religioso jerónimo escribía en el Escorial cuanto pasaba en su tiempo, y como tenia mejores datos, preferimos su dicho en los puntos discordes.

(2) Las ediciones que de ellos se multiplicaban son la prueba mas evidente de la afición á tales libros. Darémos una noticia bibliográfica de los mas famosos; con protesta de que no creemos sea completa. — La primera de la *Diana* de Montemayor se hizo en Madrid en 1545. — Se reimprimió en Venecia por Alfonso de Ulloa, en 1568. — En el mismo pueblo apresso Jacobo Vincentio, en 1585, en 8.º Tiene esta edición en la segunda página la licencia para imprimir la obra con los *Triunfos del Petrarca*, dada en Valladolid en 1561. En un segundo tomo, impreso tambien en Venecia, y en el mismo

dos cuanto que el argumento principal, que en ellos no puede ser muy interesante, se ve anegado por multitud de episodios inconexos y de amplificaciones retóricas. Mas atentos á consultar sus afectos y pasiones que á observar la naturaleza, separáronse del camino que esta les sugeria, prefiriendo la vana ostentacion de saber á la naturalidad y llaneza de que tan hermosos ejemplos te-

año se incluyó la segunda parte de la *Diana*, escrita por el salmantino Alonso Perez. Tal gusto habia entonces por leer libros españoles, que hasta los malos lograban los honores de la reimpression. — En Madrid, por Luis Sanchez, en 1595, en 8.º — En Antuerpia, en 1580. — En Milan, en 1616, en casa de Juan Bautista Biddello, en 12.º En casi todas estas ediciones se dió la segunda parte de Alonso Perez. — Gaspar Barthio, varon de mucha erudicion, que se deleitaba en los libros de invencion españoles, tradujo al latin la continuacion de Gil Polo, que publicó con el título de *Nemorata*, y despues las otras dos partes de la obra, escritas por Montemayor y Perez. Tradujo al francés las dos continuaciones Gabriel Chapuis, natural de Tours, y las imprimió en Leon de Francia en 1582, en 16.º — La primera parte escrita por Montemayor tuvo por intérprete á S. G. Pavillon, que la imprimió en Paris en casa de Antonio de Brueil, 1605, en dos columnas, en una el texto español, y en otra la traduccion. Dedicó la edicion al duque de Nemours, y dicele en el prólogo que era fama constante entre los españoles que en esta novela se describian los amores del duque de Alba, de quien el autor fué doméstico. No sabemos de dónde el autor francés sacó esta noticia, pues en la nota anterior hemos demostrado lo contrario.

De *El pastor de Filida*, de Montalvo, conocemos seis ediciones. La primera en Madrid, en 1582; la segunda en Barcelona, en 1589; la tercera y cuarta en Madrid, 1590 y 1600; la quinta en Barcelona, 1615; la sexta en Valencia, dirigida por don Juan Antonio Mayans, 1792.

Pasemos á Cervantes. La noticia bibliográfica que vamos á dar de este autor está copiada de la que tenemos manuscrita, compuesta por el excelentísimo señor don Martin F. de Navarrete, que cuando publicó la *Vida de Cervantes* solo dió en ella la de las ediciones del *Quijote*, reservando las de las otras obras, por no hacer muy voluminoso el tomo, para los respectivos prólogos de estas, si la Academia española las publicaba. — *Los seis libros de la Galatea*, compuestos por Miguel de Cervantes, dirigidos al ilustrísimo señor Ascanio Colona, abad de Santa Sofia, en Madrid, año de 1584. Cervantes solicitó la licencia para imprimir esta obra á fines de 1585 ó á principios del año siguiente; pues habiéndola pasado el Consejo á la censura de Lucas Gracian Danisco, dió este su aprobacion en Madrid, á 1.º de febrero de 1584; en cuya vista se expidió por el Rey, á 2 del mismo mes, el privilegio á Miguel de Cervantes, *estante en nuestra corte*, para la impresion de su obra por el término de diez años. Sin embargo, consta que la dedicatoria la imprimió entrado ya el mes de agosto; pues hace mencion en ella de la muerte de Marco Antonio Colona, que sucedió el 4.º de aquel mes en Medinaceli, de donde se infiere que se equivocó don Juan Antonio Mayans, asegurando que *La Galatea* salió á luz en el principio del año 1584. Esta edicion llegó á ser muy rara viviendo su autor, lo mismo que la siguiente, como se infiere de lo que dice César Oudin en su *Advertencia* á la edicion que hizo en Paris, año de 1611.

2.ª *Primera parte de la Galatea, dividida en seis libros, compuesta por Miguel de Cervantes*, dirigida al ilustrísimo señor Ascanio Colona, abad de Santa Sofia, con privilegio impreso en Alcalá, por Juan Gracian, año 1585; un tomo en 8.º El autor, en uso del privilegio que tenia por diez años, hizo esta edicion en su patria, segun se

infiere de la tasa que firmó Miguel Ondarza Zabala, escribano de cámara de su majestad, con fecha en Madrid, á 15 de marzo de 1585. El licenciado Varez de Castro, corrector por su majestad en la Universidad de Alcalá, firma la fe de erratas, á postrero de febrero de 1585. Siguen todos los demás principios, conservados en las ediciones posteriores.

3.ª En Lisboa, año de 1590. — La aprobacion está escrita en lengua portuguesa, por fray Bartolomé Ferreira, sin expresion de fecha ni lugar; pero en consecuencia de aquella censura se expidió la licencia para la impresion en Lisboa, á 15 de febrero de 1590, firmándola Antonio de Mendoza y Diego de Sousa. De esta edicion hace memoria César Oudin, y asegura estaba llena de erratas y faltas sustanciales, como diremos en el artículo correspondiente.

4.ª En Paris, por Gilles Robinot, en la calle de la Draperia, á la enseña del plato de estaño, y en la pequeña galeria de palacio, MDCXI, con privilegio de su majestad cristianísima. — Un tomo en 8.º de buena impresion.

El año de 1610 vino á España César Oudin, maestro de lengua española en Paris, y procuró adquirir algunos libros de gusto y entretenimiento, conforme á su profesion y para contentar á varios curiosos de Francia. Sabia las obras que eran conocidas y apreciadas en aquel reino; y principalmente *La Galatea*, libro, dice, ciertamente en su género digno de ser acogido y leído de los estudiosos de la lengua que habla, tanto por su elocuente y claro estilo como por la sutil invencion y lindo entretajamiento de intrincadas aventuras y apacibles historias que contiene. Buscólo con diligencia casi por toda Castilla, y aun por otras partes sin poderle hallar; hasta que pasando á Portugal, encontró en Eborá algunos ejemplares de una edicion de Lisboa, que es la anterior, la cual tenia muchas erratas, no solo en las letras y dicciones, sino aun mas sustanciales, faltando algunos versos y renglones enteros de prosa, cuyos defectos procuró corregir y remendar Oudin lo mejor que pudo. Así lo dice en la *Advertencia* que hace á los estudiosos y amantes de las lenguas extranjeras; despues de la cual inserta una epístola de Galatea á las damas francesas, para captarse la benevolencia. Al fin de la obra se halla el privilegio en francés del rey Cristianísimo, permitiendo á Gilles Robinot imprimir por término de seis años la *Primera parte de la Galatea*, revista y corregida por César Oudin, secretario intérprete del Rey. Esta impresion se acabó de hacer el día 14 de octubre de 1611, segun se expresa en una nota final; y como la edicion de Lisboa sirvió de original, se conservaron al principio la aprobacion y licencia que para esta se expidieron en el año 1590, como queda expresado. Cita esta edicion el caballero Gordon de Percel en su *Biblioteca de romances*, t. II, pág. 108.

5.ª Con licencia en Valladolid, por Francisco Fernandez de Córdoba, año 1617, á costa de Jerónimo Martinez, mercader de libros, un tomo en 8.º de 507 folios.

Parece que esta edicion se hizo por la primera, pues se puso al principio el privilegio real despachado, á favor de Cervantes, en Madrid á 22 de febrero de 1584, refrendado por Antonio de Erasmo.

6.ª En Baeza, por Juan Bautista Montoya, año 1617, un tomo en 8.º. — Cita esta edicion don Nicolas Antonio en su *Biblioteca nova*, y Gordon de Percel en su *Biblioteca de romances*, t. II, pag. 108.

nian en los grandes maestros de la antigüedad. Cervantes llamó églogas á estas novelas pastorales al principio del prólogo de la suya, y siendo la égloga ó poema bucólico una imitacion de acciones tocantes al campo, en estilo sencillo y suave, ya dramático, ya meramente narrativo, ¿cómo se podrá calificar de tal aquel en que los pastores son personas principales, y sabios y científicos, y disputadores en materias sublimes? Pues tales son los de estas novelas, en las cuales entre los personajes y el modo de expresarse existe una discordancia grotesca. El autor prefirió desatender la propiedad á humillar su pluma, y á lo mejor sus pastores hablan como pulidos cortesanos, usando términos é ideas fuera de su esfera, cuando no entran en discusiones sobre materias abstractas, expresándose con mas fina dialéctica y mas alambicada metafísica que pudiera el sutilísimo Escoto en una cátedra de teología. Pero cabalmente era esto lo que al público agradaba: acostumbrado al ergotismo de la escuela, encantábanle todo género de discusiones en que se mostraba ingenio; y pasando gran tiempo de su vida entre libros griegos y latinos, familiarizados con ellos y analizando en minuciosas retóricas el arte del bien decir, recreábase ver cómo el autor habia observado las reglas del arte en aquellas amplificaciones que para nosotros son solo *nugae canorae*. Preciso es confesar que, en todos conceptos, mas escolásticos que sus nietos fueron nuestros mayores.

Concedidas á los autores tamañas licencias, pudiendo hacer églogas sin el aroma del tomillo y romero, no habia cosa mas fácil que hilvanar semejantes libros. Componíanse de verso y prosa, monstruosa mescolanza que conocieron los antiguos hasta los tiempos de su decadencia, pero magnífica invencion para publicar entreverados aquellos versos escritos á diferentes asuntos y en ocasiones diversas, que por sí solos no podian formar un volumen, con lo cual se daba al público poco grano y mucho heno. Ya el satirizante Cristóbal Suarez de Figueroa confesó que la interpolacion de las prosas era medio excelente de hacer bulto, de disimular la mala calidad de las rimas (que presentadas solas descubrian fácilmente la hilaza) y un motivo de solicitar la licencia para la impresion, que, segun se explica, parece que la daban con repugnancia los superiores á las colecciones de rimas sueltas; mas justo es dejar aquí estampado que el mismo Suarez de Figueroa usó del poco ingenioso ardid que satiriza, empleándolo en la mayor parte de sus obras (1). Tampoco daba mucho que ha-

7.ª En Barcelona, por Sebastian Cormellas y á su costa, año de 1618. — Un tomo en 8.º, Biblioteca Real.

8.ª *Va añadido El viaje del Parnaso del mismo autor*; con licencia en Madrid, por Juan de Zúñiga, año 1756. — Un tomo en 4.º de 352 páginas, á costa de Francisco Manuel de Menga, mercader de libros, quien obtuvo la licencia del Consejo para esta impresion, en la cual conservó los principios de la primera, á excepcion del privilegio. *El viaje del Parnaso* tiene diversa foliatura, aunque incluso en el mismo volumen.

9.ª *Va añadido El viaje del Parnaso del mismo autor*; año 1772, con las licencias necesarias, en Madrid, en la oficina de la viuda de Manuel Fernandez. — Un tomo en 4.º Esta edicion, como hecha á plana y renglon con la de 1756, es idéntica á ella; solo varia en que desde la pág. 352, en que concluye *La Galatea*, continúa la foliacion de *El viaje del Parnaso*, hasta la pág. 451 en que este finaliza.

10.ª Dividida en dos tomos, corregida é ilustrada con láminas finas, en Madrid, por don Antonio de Sancha, año 1784. — Dos tomos, 8.º mayor. Este célebre impresor, para restaurar el buen gusto de nuestra literatura, se propuso reimprimir correctamente las obras de nuestros escritores clásicos, y entre ellas todas las de Cervantes, en igual volumen y letra y con adornos correspondientes para que formasen una coleccion digna de su mérito. Los dos tomos de *La Galatea* y otro con *El viaje del Parnaso*, y dos dramas inéditos, fueron dedicados al conde de Floridablanca, entonces ministro de Estado. Conservó algunos de los principios de la primera edicion, é ilustró esta con doce estampas, que representan los principales pasajes de la novela, inventadas y dibujadas por

(1) En esta edicion se enmendó la plana á Cervantes imprimiendo *Viaje al Parnaso*, que no quiso jamás decir aquel peregrino ingenio.

don José Jimeno, y grabadas por Brieva, Pro, Fabregat, Moreno Tejada, y Vazquez, todos profesores muy conocidos por su habilidad y buen gusto.

11.ª En Madrid, por doña Manuela Ibarra, año 1805, tres tomos en 8.º

A esta noticia bibliográfica, formada por don Martin F. Navarrete, pueden añadirse otras ediciones hechas en nuestros dias; pero por ser todas de surtido y muy conocidas, las suprimimos.

(1) Dice en *El Pasajero*, alivio II, pág. 88 vuelta, dando lecciones á un su compañero de viaje, «cómo con poco ingenio y doctrina se podia adobar un libro. Resta ahora interpoler los versos con algunas prosas que sirvan solo de explicar las ocasiones en que se hicieron; con esta mezcla, con aquel entreverado se disimula no poco aquella mala calidad de rimas solas y se da motivo á facilitar la licencia.» — Despues de otros varios consejos que da el doctor á su interlocutor para producir libros sin trabajo, le replica este: «¿Quién os enseñó ó de qué manera aprendistes el modo de escribir que me enseñastes tan á lo artificioso, tan á lo poltron, que cierto no parece os pudiera hacer versado en tanto extremo la experiencia solo? — Doctor. ¿A quién sino á ella, maestra de todo, pudiera yo atribuir el blason de tan cómodo alumbramiento? Práctica viene á ser en mi lo que al presente es teórica en vos. Años ha que hallándome bien descuidado de ocupar la pluma, ó porque me juzgase insuficiente, ó porque otros cuidados me tuviesen con violencia oprimidos talento y gusto, se me apareció cierto personaje tributario de amor. Traiale indecible impulso de que se celebrase la hermosura y constancia de su querida en algun libro serrano y pastoril, como el de *La Galatea* ó *Arcadia*. Aunque con alguna modestia, excluí su deseo; pródigas cortesías de ofertas y palabras facilitaron el sí y dispusieron la voluntad. La dificultad consistia en la presteza; que fuese bueno y en

cer á estos escritores el estilo, supuesto que la prosa poética con su sintáxis traslocada, sus epítetos y relumbrones disimulaba muchos defectos. Y es singular anomalía que estos libros, de tal naturaleza que pedían ser escritos con mas sencillez y menos afectación que los demás, se escribiesen en una prosa enrevesada y con un hiperbaton que no tolera la índole de nuestra lengua. Pero tal vez así lo hicieron sus autores siguiendo servilmente á Sannazaro, quien practicó lo mismo, aunque no tuvieron en cuenta la índole de la lengua italiana, que aproximándose mas á la latina, ofrece mas libertad en esta parte.

Hay defectos en los libros de que hablamos que parecen anejos al género, como la falta de verdad y verosimilitud en el asunto, que contagia de los mismos vicios el estilo. Pero á las novelas pastorales españolas y francesas (que tambien en Francia se escribían á imitación nuestra y eran leídas por nuestros vecinos (1) con mas entusiasmo que por nosotros), puede aplicarse la crítica que el obispo de Avranches hace de las pastorales de los griegos del medio tiempo, que sirvieron de modelo á Sannazaro. «A cada paso, dice, hablando de las de Longo, se reconoce el carácter afectado del sofista por la estudiada reunión de las palabras, por la consonancia de las sílabas, por las descripciones inútiles sacadas de los lugares comunes de la retórica; y aun así es menos corrompido que el de la mayor parte de los antiguos novelistas, cuyo estilo se halla lleno de metáforas, de antítesis y de figuras brillantes que sorprenden á los sencillos y halagan el oído, sin llegar á la mente, confundiendo las cualidades del orador y del historiador, sin ser ni uno ni otro. En lugar de atraerse al lector por la novedad de los sucesos, por el arreglo y variedad de las materias y por una narración neta y precisa, que aunque redondeada y cadenciosa adelante siempre en el asunto, le en-

breve, mirad cómo podía ser. Con todo me ofrecí; y comenzando, apenas en un día daba entera perfección á dos planas: tan niño y torpe me hallaba en aquel género de escribir. Era sobrestante de la obra el mismo interesado. Pudriase, y pudriame él con mi detención, y yo con su celeridad. Moríame por hallar en tan largo y difícil camino algun atajo: sobre que de continuo tenia ocupados los nervios de la imaginación. Ponderé convenia para subir presto á parte alta, si no se permitía dilación para labrar una sola escalera, enlazar unas con otras hasta la cantidad necesaria. Este simulé norte de mi borrasca, fué puerto de mi navegación. Volaba desde allí adelante, mas era prestándome algunos sus alas. Cuanto á lo primero, entablé á mi placer los versos que tenia represados, que no eran pocos. Hacía la cama con ciertas prositas ocasionadas; y tantos granos junté, que vine á perfeccionar el deseado monton. Apenas nacido, le repudié con ira tratándole como adúltero. Al despedirle de casa, considerando sus yerros por falta de castigación, allá, dije, vayas para no volver: por poco dinero poca salud.» Fol. 97.

(1) Monsieur d'Urfé, caballero de ilustre prosapia, ya citado en el texto, escribió la *Astrea*, que en su tiempo alcanzó entre los franceses una celebridad fabulosa. ¿Quién será capaz de compendiar sus elogios? El sabio Huet, obispo de Avranches, escribía en su obrita *De l'origine des romans*: «Monsieur d'Urfé fué el primero que sacó de la barbarie la novela francesa y la sujetó á las reglas en su incomparable *Astrea*, la obra mas ingeniosa y cortesana que jamás se escribió en su género; que oscureció la gloria que Grecia, Italia y España habían en él adquirido. Otro obispo, discípulo y amigo íntimo del primero de que acabo de hablar (de san Francisco de Sales), ilustre por la extensión de su talento y multitud de sus escritos, y estimable por la santidad de su vida, elogió á monsieur d'Urfé y su *Astrea* con tal expansión de alma, que muestra cuán profunda era la estimación de que hacia ella estaba penetrado; y no calló la estrecha union que tenían él y el otro prelado, á quien miraba como padre y maestro, juntamente con monsieur d'Urfé. Pero por maravillosa que fuese la novela, no quitó el valor á los que vinieron en seguida de emprender lo que él había emprendido, ni ocupó tan fuertemente la admiración pública, que

no quedase parte de ella para tantas hermosas novelas como á su imitación aparecieron en Francia.» Habla en seguida del *Ilustre Bassa*, del *Gran Ciro* y de *Clelia*, novelas de madamoiselle Escudery. El mismo obispo de Avranches dirige una larga carta á esta señora, refiriéndole la vida de monsieur d'Urfé, y dice en ella: «Era casi niño cuando lei por primera vez esta novela, la *Astrea*, donde hallé tanto agrado, que evité después haberla á las manos y abrirla, temeroso de no poder resistir la tentación de leerla: tal placer preveía de su lectura, que era una especie de encanto. Me confirmó en la estimación que por la misma había concebido, el saber que uno de mis regentes, hombre de mucho talento y gusto, la había leído como yo, y quizá mas que yo; teniéndola en tanto aprecio, que pensaba tomar de ella todo cuanto pudiese servir para hermosear un poema épico, que meditaba entonces y que después publicó con mucho aplauso. Cuando me vi comprometido á escribir el tratado *De l'origine des romans*, que habeis leído y de que me habeis hablado tanto, volví á leer toda la *Astrea*. El tiempo, que había madurado mi juicio, y el estudio, que había formado mi gusto, me hicieron encontrar en ella nuevos encantos; y quedé persuadido de que no habiendo logrado oscurecerla del todo las admirables obras que habeis hecho en este género, conservará su precio mientras las letras florezcan y las producciones del ingenio sean estimadas.» ¿Quiere verse cuanto se equivocan estos cálculos y cómo varia el gusto de un siglo á otro? Oigamos á Laharpe en su *Curso de literatura*: «Francamente digo que jamás he tenido paciencia para leer la *Astrea*, aunque mucho mas moderna que el *Romance de la Rosa*, y á pesar de la aceptación prodigiosa que obtuvo. Algunos rasgos de agradable naturalidad, algunas imágenes pastorales que podían ser apreciadas en tiempos en que se carecía de otros modelos, no bastan á hacer soportable su palabrería y jerigonza sino á los filólogos y anticuarios, que se gozan en las tenebrosas vejezes de las lenguas. Cada cual se alimenta con su afición. Tampoco he leído, á lo menos hasta el fin, la *Clelia* y el *Ciro*, de que Boileau se ha burlado tanto y con tanta razón, ni la *Ariadna* de Desmarts, que vale menos y que tuvo menos reputación. No puedo leer lo que me fastidia.»

trahen con narraciones pomposas, llenas de palabras y vacías de sentido, le extravían fuera del camino; y mientras hacen ver al lector países que no busca, consumen y gastan su atención y le impacientan sin ir al objeto que pretendía y que ellos le propusieron.» Otros defectos de los autores de pastorales españolas nacen del tiempo en que vivieron, y mas son de la época que personales de los que escribían ó del género. Tales son el flujo ponderativo de engrandecer las ideas y exagerarlas, que viene á degenerar en la falsedad ó hinchazón; la pedantería ó prurito de ostentar intempestiva erudición, que presta á los personajes instrucción y conocimientos impropios de su estado; citando pobres y rudos pastores y trayendo á cuento en sus conversaciones asuntos poco triviales de historia y mitología; y en fin, el escolasticismo con que se les hace disertar en materias de amor, sosteniendo en forma dialéctica extraordinarias y empalagosas conclusiones, y usando un lenguaje estudiadamente metódico y afectadamente metafísico, que se hace ridiculo por impertinente (1).

Balbuena fué en nuestro entender, el que menos se separó de la sencillez bucólica con episodios incoherentes; pues estando dotado de una vena fácil y abundantísima, pudo llenar su asunto sin invocar auxilios extraños; y aunque algunas veces afectado y de abundancia que degenera en difusión, están sus prosas tan llenas de armonía, de riqueza, de desenfado y de gracia, que revelan el superior talento de aquel hombre. Aun son mejores sus versos, en especial las églogas; pues en los sonetos y canciones se entregó á sabiendas al alambicamiento de los conceptos, que la moda patrocinaba (2). En ellas aventaja á todos los poetas castellanos, y solo cede la palma á Garcilaso. Sus pensamientos son sencillos, y sus imágenes frescas y lozanas, en general adecuadas al asunto; su estilo puro, natural, propio, y con pocas excepciones elegante; su versificación armoniosa y corriente; en amenidad, soltura y abundancia no tiene igual; y si alguna vez imita á los antiguos, es como un gran maestro que tiene en su paleta hermosos colores propios con que vestir los pensamientos ajenos; á cualquier cosa en que Balbuena ponga la mano, da sello de originalidad. De desear habria sido que hubiese empleado mas variedad en sus metros, en vez de escribir todas sus églogas en tercetos, género de versificación complicado y de demasiado estudio, impropio por lo mismo para composiciones cuyo principal carácter debe ser la naturalidad; pero esto es menos reparable en un poeta que amolda sus pensamientos á los tercetos con la misma facilidad que si escribiera en prosa. Tambien sus pastores son á veces demasiado toscos y agrestes; y mas que los del siglo de oro, nos recuerdan los de nuestra misera edad de hierro. Echase además de menos mayor variedad y riqueza de incidentes, falta tanto mas reprehensible cuanto que el autor poseía una imaginación privilegiada. Sin estos lunares, el mismo Garcilaso hubiera tenido que cederle, en la opinión de un gran crítico, el principado de la poesía bucólica (3); mas á pesar de ellos, es digno de la distinción que le ha hecho la Academia Española encargándose de reimprimir su libro.

(1) En un discurso de la historia de la *Pastoral* ó introducción sobre los poetas bucólicos, inserto en algunos *Monitores* de octubre y noviembre de 1804, se dice al fin (en el *Monitor* núm. 40, perteneciente al 1.º de noviembre), hablando de las pastorales españolas: «Entre los autores españoles citaré solamente á Lope de Vega, Cervantes y Montemayor. Todos tres se han ejercitado en la *Pastoral*, todos tres han desconocido ó desdenado el gran arte de circunscribirse á un solo objeto, de seguirlo, de estudiarlo y de agotar en él todos los recursos. En el seno del crisol, donde echaban un metal, alguna vez puro, y frecuentemente brillante, se diría que tenían placer en mezclarle una liga que lo altera y hace perder su precio. Parece que estos autores han mirado con desden á los antiguos, sus maestros y los nuestros. Lope de Vega los admiraba, según dicen; pero á lo que se ve, se contentaba con admirarlos, sin seguirlos.» Antes de este párrafo se explica así, hablando del *Taso* y de que en las mas ligeras composiciones la acción principal se halla siempre sofocada bajo el peso de los episodios: «Este cargo puede hacerse á todos los contemporáneos, y sobre todo á los españoles, cuyas producciones son menos sencillas que las de los italianos, mas hinchadas de hiperbóles y mas embarazadas de incidentes y de relaciones.»

(2) A sabiendas hemos dicho, porque Balbuena no dejó de conocer que la afectación de este encespado estilo desdecia de la sencillez pastoril; así, en la pag. 63

de la edición de la Academia, al acabar el pastor Arcisio un alambicado soneto, pone en boca de otro pastor lo siguiente: «Por cierto, dijo Graciano, acabando de oír al que cantaba, presumidos pastores hay en estas montañas. A mi parecer poco desdican estos cantares de lo que en otras mas arriscadas se oyeron; y no sé si me pesa que ya las nuestras vayan perdiendo aquella simplicidad y llaneza de sus dorados siglos, donde sin tantos rodeos solían decirse las cosas. Yo á lo menos temor tengo de los vengativos dioses, á quienes este cuidado toca, que indignados de semejantes ativeces, envien por nuestros ganados algun riguroso castigo.» Pero era preciso disculpar al público de este gusto por lo sutil y rebuscado; y así continúa por boca de otro interlocutor: «Y cómo (respondi yo entonces), tú ganadero, piensas que en las selvas todo ha de ser ovejas y parales? Nuestros faunos tambien y las ninfas de nuestros montes ¿no tienen sus divinos lenguajes, que no á toda lengua es lícito pronunciarlos? Todo lo dan las musas, y todo cabe en sus dones.»

(3) Quintana, *Introducción á las poetas selectas castellanas*, pag. LI. Nosotros sin embargo lo dudamos. Garcilaso, á quien parece que se había trasladado el alma de Virgilio, unia á una exquisita elegancia seductora sensibilidad, que da cierto tinte de melancolía suave á sus versos. Balbuena carecía de esta cualidad, y nunca puso el debido calor en los afectos.

La Galatea es de todas estas novelas pastorales tal vez la menos campestre. Como las demás obras de Cervantes, distínguese por la riqueza de sus incidentes y episodios, en que alude á sucesos de su ambulante vida. Complicadísimo su argumento, ignoramos cómo le hubiera desenlazado su autor, por no haber escrito la segunda parte, á pesar de que mientras vivió la estuvo ofreciendo (1). Puede sospecharse que la primer heroína de su novela no fué doña Catalina Palacios de Salazar, con quien Cervantes casó á poco tiempo de publicar su libro, sino que la escribió en Portugal durante sus amores con una dama de aquel país, á quien debió grandes obligaciones; y que despues cuando volvió á España, al trabar relaciones con doña Catalina, retocó la obra y la acomodó al nuevo sugeto. Siendo esta la primera que presentaba al público, no se atrevió á soltar en ella libremente el vuelo de su ingenio; antes, por el contrario, tímido y receloso, como novel autor, nunca perdió de vista el gusto del público para sujetarse á él, y muchos de los defectos que allí se notan son hijos de esta condescendencia. No de otro modo se concibe que tomase por lo serio cosas de que, segun era su carácter jocoso y sano su criterio, se estaria riendo interiormente. De este empeño de complacer al público proviene que un autor que en sus otras composiciones es tan fácil y natural, se valga en esta de un estilo rebuscado y exquisito; de aquí las interminables disputas y conclusiones en verso; las terquedades poco interesantes de Lenio contra el amor, al cual se rinde al fin por una pastora arisca y dura; la discusion, en forma, de este pastor con Tirsi, que así en prosa como en verso es una metafísica insulsa; los juegos de acertijos, indignos de una obra seria; y otras cosas que al presente justamente desagradan y que en su tiempo serian los mas poderosos motivos de la aceptacion que tuvo la obra. Fué tanta, que en pocos años desaparecieron dos ediciones (2); de suerte que cuando César Oudin vino desde Paris á España á recoger libros de entretenimiento que reimprimir, y prefirió á todos *La Galatea* por su inmensa popularidad, no halló vendibles en toda Castilla ejemplares, y tuvo que echar mano del de una descuidada é incorrecta impresion hecha en Lisboa. Nos consta que el conde de Lemos tenia particular predileccion por este ingenioso escrito (3), y lo mismo sucederia á otros caballeros de su calidad; y sabemos que en Francia se hallaba tal placer en su lectura, que habia personas que lo sabian casi de memoria (4).

Causa extrañeza por lo tanto que recibido con tal aplauso, aun en vida del autor, no haya noticia de traduccion alguna francesa ó de los reinos confinantes, hasta que á fines del siglo pasado el caballero Florian, que, semejante á Le Sage, benefició en su provecho la rica mina de la literatura española, dió á conocer á los franceses *La Galatea*, haciendo las modificaciones que le pareció reque-

(1) El mismo Cervantes en el cap. 6.º, parte 1.ª del *Quijote*, en el escrutinio de la librería de este, reconoce los inconvenientes que ofrece *La Galatea* por dejar tanto cabo suelto, y que no se puede formar juicio cabal de su fábula, mientras no publique la segunda parte. Dice así: «Su libro tiene algo de buena invencion; propone algo y no concluye nada. Es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega. Y entre tanto que esto se ve, tenelme recluso en vuestra posada, señor compadre.»

(2) Cervantes mismo parece bastante satisfecho de su *Galatea*, á lo cual debió contribuir el lisonjero éxito que tuvo. Así, en el cap. 4.º del *Viaje del Parnaso*, refiriendo á Apolo sus obras y méritos literarios, dice:

Yo corté con mi ingenio aquel vestido
Con que al mundo la hermosa *Galatea*
Salió para librarse del olvido.

Además de las aprobaciones y elogios que publicaron á su frente, en la primera edicion, Lucas Gracian Dantisco, Luis Galvez de Montalvo, don Luis de Vargas Manrique y Lopez Maldonado, existen otras pruebas, que luego veremos, de que fué recibida con singular aprecio. Gracian dijo que era un tratado apacible y de mucho ingenio, y libro provechoso, de muy casto estilo, buen romance y galana invencion.

Mayans (en la vida del autor) dice que «en esta novela manifestó la penetracion de su ingenio, en la invencion; su fecundidad, en la abundancia de hermosas descripciones y entretenidos episodios; su rara habilidad, en blear unos nudos al parecer indisolubles; y el feliz uso

de las voces acomodadas á las personas y materia de que se trata. Pero lo que merece mas alabanza (añade) es que trató de amores honestamente, imitando en esto á Heliodoro y Athenágoras... Escribió las cosas de amor tan aguda y filosóficamente, que no tenemos que envidiar... Temió que habia de ser reprendido de esta delicadeza, y así procuró anticipar la disculpa en su prólogo... No la tuvo para alegar la nota de la fecundidad de su ingenio, pues entretrejió en esta novela tantos episodios, que su multitud confunde la imaginacion de los lectores, por atenta que sea; porque enlazados unos con otros, aunque con grande artificio, este mismo no da lugar á seguir el hilo de la narracion, frecuentemente interrumpida con nuevos sucesos.» Suprimiremos los juicios de otros autores por no abultar mas esta nota.

(3) Así lo dijo el mismo Cervantes en la *Dedicataria del Persiles*, á 19 de abril de 1616, hablando al conde de Lemos de las obras que tenia entre manos y le ofrecia si el cielo le daba vida. «Las verá vuecencia (escribete), y con ellas el fin de *La Galatea*, de quien se está aficionado vuecencia.»

(4) En la *Aprobacion* que dió el licenciado Marquez Torres á la parte II del *Quijote* comprueba la estimacion en que estaba *La Galatea* dentro y fuera de España. Refiriendo el pasaje de la visita de los caballeros franceses, dice que le eucarecieron la estimacion en que, así en Francia como en los reinos confinantes, se tenían las obras de este autor. *La Galatea*, que alguno de ellos (de los lectores) tiene casi de memoria...

rir la variacion de tiempos y de gustos (1). Escribia para un pueblo aficionado en las obras de ingenio á una sencillez que degenera en sequedad, sustituyendo á la abundancia de pormenores la elegancia de la expresion; para un pueblo que, por las estériles reglas literarias á que se rendia con nimia escrupulosidad, abominaba de los libros largos y empedrados de episodios. Extractó pues la novela española, reduciendo á tres sus seis libros y poniendo de suyo el cuarto, en que le dió la conclusion que le faltaba (2). Para esto se abstuvo de traducir, y solo siguió el fondo de los incidentes, revistiéndolos á su modo de nuevo y de una manera mas ligera que en el original. Suprimió multitud de episodios, algunos que merecian mas atencion, y otros que el gusto actual halla bien suprimidos. De estos últimos son las discusiones metafísicas, los juegos pueriles de acertijos, la pompa fúnebre de Meliso (episodio de circunstancias que reducido á la apoteosis de un gran personaje español (3), tenia que ser leído con indiferencia por la generacion presente, y sobre todo en Francia), los amores disimulados de Lauso, y la aparicion de Caliope á celebrar los ingenios españoles; para lo que asistia, además de la razon del elogio fúnebre, el ser tal aparicion inconveniente en una novela. De los episodios suprimidos que podian conservarse son el de Rosaura y Crisaldo, feliz imi-

(1) Florian, en el prólogo de la traduccion suya, dice que hasta su tiempo nadie la habia traducido y que era novela enteramente desconocida de los franceses. (Se entiende de los de su tiempo, que en lugar de estudiar la lengua y literatura española, como los antiguos, afectaban tratarnos de hotentotes ó africanos.) Que la razon de ser desconocida le incitó á imitarla; como igualmente el ver que entre algunas extravagancias de mal gusto, tenia ideas encantadoras, sentimiento verdadero bien expresado, situaciones que afectan é interesan, movimientos y combates del corazon. Discúlpase de algunos cargos que pueden hacersele, tales como el excesivo número de episodios y los pocos sucesos que relativamente acaecen á *Galatea*, diciendo que en Cervantes hay doble número, y *Galatea* interesa menos; que tal era el gusto de aquel tiempo, y que el mismo defecto puede notarse en Montemayor y en las extensas novelas francesas que fueron largo tiempo de moda, cuyos autores tomaron por modelo á los españoles. Hablando de las batallas y duelos, que naturalmente habian de extrañar sus lectores en una obra pastoral, dice que es un tributo que Cervantes pagaba á su nacion. «No conozco, prosigue, novela ni comedia española sin combates. Este pueblo, uno de los mas valientes de Europa, y sin contradiccion el mas apasionado, tiene necesidad para que un libro le entretenga de hallar relaciones de guerra y de amor. Además se debe disimular á Cervantes, á quien habian ocurrido aventuras extraordinarias, el creer que su relato seria verosímil en una novela.» Concluye diciendo que para la inteligencia del texto le guiaron las luces de un español que amaba tanto las letras como su patria y que tenia de comun con Cervantes ser tan célebre por sus talentos como por sus desgracias. Era este el famoso don Pablo Olavide, conde de Pilos, perseguido por la Inquisicion.

(2) Florian tenia razon en adelantar disculpas á la critica de sus paisanos; y á pesar de las muchas supresiones que hizo y de lo que descargó la accion de incidentes, se formó este juicio de su obra: «El traductor que amplifica ó suprime ó abrevia á su gusto, pudo disimular con mas maña los defectos del original. Bastaba para esto abreviar ó suprimir las relaciones que hacen perder de vista la accion principal; y al contrario parece que Florian, por lo mismo que conoció bien estos defectos, ha mirado como un deber el imitarlos. El lib. IV, que es enteramente suyo, está sobrecargado de incidentes; los sucesos se amontonan y se oprimen; ni están hábilmente manejados, ni gradualmente traídos. Es cierto que hay que atar multitud de cabos sueltos; pero nadie prescribia al autor que fuese de este ó del otro modo; y ha arribado al desenlace á costa

de la verosimilitud.» Como la conclusion es obra propia de Florian, la critica que se hace de ella nada tiene que ver con Cervantes, el cual dejó tela cortada para una segunda parte, es decir, para otros seis libros. El autor francés, por amor á la brevedad, quiso acabar en uno, y de aquí el defecto que se le critica.

(3) Don Diego Hurtado de Mendoza, caballero distinguido y escritor célebre, á quien en la novela se le conoce por el nombre de Meliso, murió en Madrid en 1575. Supone Cervantes sus exequias en las orillas del Tajo, y en ellas situado el valle de los Cipreses, de que hace una excelente descripcion. En este valle se veian algunas sepulturas de jaspe y de mármol con sus letreros y epitafios. La que mas sobresalia era la del famoso pastor *Meliso*. Entonces les dijo el sacerdote Thelesio á los pastores y pastoras que allí estaban reunidos, que en aquella triste sepultura reposaban *los honrados huesos del nombrado Meliso, honor y gloria de nuestras riberas*: de donde se infiere que Cervantes tenia á don Diego Hurtado de Mendoza por natural de Toledo, como lo creyó tambien don Tomás Tamayo de Vargas, y no de Granada, como se cree generalmente. Despues de hechas las ceremonias de las exequias, Thelesio, puesto junto á la sepultura de Meliso, pronunció una oracion panegirica de sus virtudes; alabó la *integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática y la excelencia de su poesia, y sobre todo la solicitud de su pecho en guardar y cumplir la santa religion que profesado habia, juntando á estas otras tantas y tales virtudes de Meliso*. Concluida la plática, incitó Thelesio á los pastores á que se mostrasen agradecidos á aquellas frias cenizas, celebrándolas en la muerte como os obliga el amor que él os tuvo en la vida; y que aunque era general esta obligacion, tocaba mas en particular á los famosos Tirsi y Damon (Francisco Figueroa, y Lainez) como *tan conocidos amigos y familiares suyos*. En efecto, Francisco Figueroa, segun las noticias que de él nos dejó el licenciado Luis Tribaldos, de Toledo, que le conoció, pasó siendo mancebo á Italia, donde algun tiempo fué soldado, y otro tiempo prosiguió aplicandose á las letras en Roma, Bolonia y Sena, donde tal vez conoceria á don Diego Hurtado de Mendoza. De Lainez nada se sabe. Estos dos pastores con Elicio y Lauso (que son Cervantes y Barabona de Soto) entonaron una cancion elegiaca, en que se hacen notables alusiones á su vida. Todo este pasaje hace creer que Cervantes escribia esta parte de *La Galatea* estando reciente la muerte de don Diego; así como otros del canto de Caliope manifiestan que fueron escritos antes, puesto que habla en ellos de don Diego Hurtado de Mendoza como de persona que aun vivia.